

la intemperancia, la obediencia á sus padres y maestros, el respeto á los derechos del prójimo, la sumisión á las leyes, en una palabra todas las virtudes que deben adornar á un buen padre de familia y á un buen ciudadano.

A esta clase preciosa del Estado se dirigirán las lecciones de economía industrial, presentando las reglas que deben emplear todos los productores para participar con prontitud de la conveniencia y felicidad social; por ellas conocerán los obreros todo el perjuicio pecuniario que puedan ocasionar la pereza, la ignorancia, la imprevisión y mala conducta, y se penetrarán del dichoso porvenir que podrán ellos mismos formarse instruyéndose y practicando las buenas costumbres, se instruirán facilmente en los medios infalibles de enriquecerse honestamente y de hallar la felicidad en su fortuna; y por último, se convencerán de que aún cuando la virtud no fuese la cosa más bella y digna del amor de los hombres, deberían éstos por puro interés darle entrada en su corazón. «Ella, (decía á sus discípulos artesanos el filántropo Bergery) »conserva los capitales, contribuye extraordinariamente al aumento de la renta, y ella sola puede asegurar la paz de la conciencia y dulcificar las amargas penas de que continuamente está sembrada »nuestra vida.»

Las enseñanzas que suplicamos á V. E. que disponga que se establezcan, no dudamos que han de producir ventajas incalculables á la patria, como no se haya perdido del todo entre nosotros el innato deseo de saber que agujijonea al hombre. Pues la ciencia morigera al pueblo, acrecienta su felicidad material y le hace digno de consideraciones que no merece en el estado de rudeza. *Dadme un punto, decía Arquímedes, y pondré en movimiento el cielo y la tie-*